



JOHN LUKACS

CONFESIONES
DE UN PECADOR
ORIGINAL



John Lukacs

Confesiones de un pecador original

Traducción y prólogo de Santiago de Navascués



Título en idioma original: *Confessions of an Original Sinner*

© St. Augustine's Press, 2000

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2024

Traducción y prólogo de Santiago de Navascués

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 153

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Pulmen-Madrid

ISBN: 978-84-1339-209-7

Depósito Legal: M-23946-2024

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Prólogo.....	7
Introducción.....	15
I. Confesiones de un reaccionario.....	21
II. Amor y guerra.....	63
III. Oriente y Occidente.....	89
IV. Nuevo Mundo, Viejo Mundo.....	137
V. Anti-Anti.....	189
VI. Docencia.....	235
VII. Escritura.....	261
VIII. Residencia.....	317
IX. Confesiones de un pecador original.....	345

PRÓLOGO

Es un lugar común entre los historiadores decir que el siglo XX no terminó en el año 1999, sino una década antes. La caída del Muro de Berlín en 1989 marcaba el final de toda una época: el fin del comunismo, la disolución de la URSS y la reunificación alemana, el triunfo del libre mercado y el avance imparable de la globalización liderada por Estados Unidos. Era común afirmar la desaparición de los cerrados sistemas ideológicos de la Guerra Fría —el fascismo, el comunismo, el nacionalismo, todos los denostados -ismos del siglo pasado—. En el mundo intelectual, se respiraba el aire fresco del «fin de la historia» y el definitivo triunfo de «las libertades» proclamado por Fukuyama. Muchos saludaron la aparición de ese nuevo mundo como el triunfo definitivo de los ideales ilustrados, la demostración inequívoca de la superioridad de Occidente.

Ese mismo año de 1989, el historiador húngaro-americano John Lukacs publicó estas memorias con un tono mucho más pesimista. Lukacs siempre creyó que los países occidentales tendrían un futuro próspero porque confiaba en que el comunismo perdería su atractivo, lo cual sucedió temporalmente. A pesar de ser un libro escrito en los años ochenta, Lukacs ya vislumbraba entonces el posible fin del comunismo (que tendría lugar unos meses después de publicarse esta obra): ese no era el problema. Al mismo tiempo que caía el muro en Alemania, Lukacs advertía

signos inquietantes al otro lado del Atlántico: una política del espectáculo, televisiva, inmoral y salvaje; un arte falsamente revolucionario, cada vez más impostado y aburrido; una cultura en declive, ramplona y superficial. Y, sin embargo, una civilización con la hegemonía político-militar más absoluta de la historia. Treinta años más tarde, las advertencias de Lukacs pueden parecer proféticas: mientras la hegemonía occidental se ve amenazada por la emergencia de grandes potencias en el tercer mundo, buena parte de los países occidentales se encuentran en estado de atrofia permanente bajo la llamada cultura *woke*, las políticas identitarias, el activismo BLM o la teoría crítica de la raza. ¿Cómo hemos llegado a este punto? Las agudas y originales memorias de Lukacs pueden darnos algunas pistas.

John Lukacs (Lukács János Albert) es uno de los historiadores más originales del siglo pasado, y quizás el historiador católico más importante de la historia reciente. Su obra, abundante y profunda, narra los acontecimientos del siglo XX como si fueran dramas shakespearianos, con una habilidad especial para captar los momentos decisivos de cambio histórico. Con una capacidad excepcional para la escritura, Lukacs muestra que la imaginación y la precisión histórica pueden entrelazarse armoniosamente. En sus obras, figuras como Churchill, Hitler, Stalin y Roosevelt emergen con la profundidad psicológica de personajes de novela, mientras sus acciones relatan fielmente los hechos históricos. En el libro que tienen entre manos, Lukacs despliega su habilidad narrativa al referirse al sujeto histórico que mejor conoce: él mismo.

Como ilustra el título de esta autobiografía, Lukacs se sentía profundamente identificado con la idea cristiana del pecado, la eterna lucha entre el bien y el mal, y la necesidad del arrepentimiento. Nació en un país y en un lugar privilegiado para familiarizarse con la grandeza y la miseria del ser humano: Budapest, 1924. En su juventud, vivió algunas de las experiencias más traumáticas del siglo: la Segunda Guerra Mundial, la invasión sucesiva de su país por los ejércitos alemán y soviético; finalmente, el exilio en

el Nuevo Mundo. Así, el húngaro Lukacs nació en un país casi herido de muerte y tuvo que rehacer su vida en un país joven que ya entonces se aproximaba a su cénit: Estados Unidos. Esta no solo es la historia de una vida en el siglo XX; es también la historia del fin de la Era Moderna. Su protagonista conoció de cerca el mundo aristocrático de Centroeuropa en el periodo de entreguerras y la burguesía de nuevo cuño en la rural Pensilvania; pero también asistió con estupor a la crisis de la civilización occidental —cristiana y burguesa— con las revoluciones de los sesenta. Incluso con la hegemonía global más absoluta de la historia tras la caída del Muro, Estados Unidos le parecía condenado a una decadencia: no sobre los bárbaros fuera de las puertas, sino sobre presencias amenazadoras dentro. Lukacs habló de la «falsa revolución» del año 1968. Tampoco se mordió la lengua en sus críticas al consumismo americano, al mundo del espectáculo y al *show* político de masas (en especial, a Ronald Reagan), además de al siempre traicionero mundo académico (basta leer su valoración de Henry Kissinger). Con la vista siempre puesta entre el pasado y el presente, entre Europa y América, Lukacs se consideraba un «reaccionario, un occidental y un burgués», un admirador nostálgico de la cultura, el arte y la vida de una cultura en extinción.

Pero me adelanto: esta gran historia es parte de la visión personal del autor de estas memorias. Con esta introducción quiero presentar, a grandes rasgos, los motivos fundamentales que impulsan la prosa de este historiador iconoclasta. Lukacs es uno de esos que no deja indiferente, que se ama o se odia con igual pasión —en España es poco conocido por el público general, pero admirado por unos pocos iniciados—. No se dejó llevar por la euforia triunfalista de los noventa, ni por la política de Reagan: veinte años más tarde, publicó otros dos magníficos volúmenes de memorias escritos en su jubilación, en los que ajustaba cuentas con muchos espejismos del final de la Guerra Fría. En *Últimas voluntades* (Turner, 2016) y *El futuro de la Historia* (Turner, 2016), Lukacs no solo resumió su teoría de la historia, sino que también cerraba algunos capítulos personales que no aparecen en estas *Confesiones*: la muerte de su

segunda mujer y su desdichado tercer matrimonio; la llegada de la vejez y el examen de conciencia tras una larga vida.

Así, Lukacs escribió este libro con sesenta y cinco años, *nel mezzo del cammin della vita accademica*, un tiempo de madurez en todos los sentidos. En los años siguientes, llegó a publicar más libros que en los cuarenta años anteriores. En *Confesiones*, Lukacs abarca el período de 1924 a 1987, partiendo de sus recuerdos más personales para dirigirse hacia reflexiones más impersonales, como una especie de autobiografía que desembocaba en una filosofía propia. Los siguientes volúmenes de memorias seguirían el camino contrario: de las grandes reflexiones sobre nuestra historia a la historia personal de un veterano historiador octogenario.

El lector se encontrará con unas reflexiones apasionantes, escritas con una inteligencia y una pluma afilada e ingeniosa. Además de brillantes descripciones, intuiciones e impresiones del mundo, encontrará en el autor un guía prodigioso para no perderse en los complejos avatares de la historia. En los primeros capítulos, Lukacs reflexiona sobre su juventud, marcada por la Segunda Guerra Mundial, y su experiencia en el exilio. Particularmente interesantes son sus reflexiones sobre el Viejo y el Nuevo Mundo, sobre sus contrastes y diferencias, pero también sus inquietantes parecidos. La segunda parte del libro describe su trayectoria como profesor, escritor y vecino de la campiña en Pensilvania. En esta última faceta, Lukacs reflexiona sobre lo que significa habitar en el mundo con una conciencia ecológica: construir una casa, doblegar la naturaleza sin destruirla, participar de la vida vecinal con generosidad, etc. En el capítulo 8 se refiere a la desaparición de un *modus vivendi* rural por el avance inexorable —fatídico, para muchos— del «progreso»: la creación de centros comerciales, autopistas e infraestructuras suburbanas. La creación de un país híbrido (físico y mental) entre California y Siberia: la América Soviética. Lukacs sabía que la fe en el comunismo desaparecería antes o después, mientras que otras actitudes mentales, como el nacionalismo, seguirían arraigando con fuerza. Visto desde nuestra (siempre limitada) perspectiva actual, su pronóstico es acertado.

En este sentido, su perspectiva *confesional* resulta aún más valiosa. Lukacs repite con frecuencia que el conocimiento humano no es ni objetivo ni subjetivo, sino *personal y participante*; entre otras cosas, porque nos encontramos, con nuestra tierra, en el centro del universo. Por eso, hablar de memorias no es del todo correcto: este libro es una ego-historia, más cercana a la autobiografía, una mezcla de ensayo histórico y confesiones al modo agustiniano, un libro escrito con un estilo literario: se trata de unas páginas profundamente sinceras, con pasajes de belleza impactante y otros de sombría meditación.

Lukacs fue un hombre de profunda fe cristiana: sentida, pensada y vivida. La profesión de fe de un discípulo que comparte no solo la afición a la historia, sino también el sentido profundo del pecado original. La fe en el Dios cristiano permea cada página de forma honesta. Como buen pecador, reconoce sin dificultad sus miserias, su irremediable aburguesamiento, y su confianza en el perdón de Dios. Lukacs es un creyente que falta a misa, que prefiere la Navidad a la Pascua, que confía poco en su capacidad para el martirio. Pero sabe, al mismo tiempo, que su vínculo más verdadero con el Creador es el amor ilimitado del Padre. Como señala en las páginas finales, el conocimiento de Dios le reconforta y aterroriza al mismo tiempo, pues conoce su disposición a herirle continuamente, y al mismo tiempo sabe que sin Él no existiría.

Unida a la experiencia de la fe se encuentra la esperanza. Desde las primeras páginas, el autor se define como un reaccionario, un hombre convencido de la naturaleza inmutable del ser humano, crítico con la noción de «progreso» de nuestros tiempos. ¿Qué podría esperar un hombre del mundo moderno? No se mostraba especialmente optimista con respecto al futuro. Una década después de haberse declarado «felizmente infeliz» en sus *Confesiones*, afirmó con contundencia que «la civilización a la que he pertenecido» se había extinguido definitivamente. En uno de sus últimos artículos, en 2017, se describía a sí mismo como una «ruina que se desmorona», un testigo del final de la era burguesa y la era de los libros. En este sentido, sus confesiones son también una reliquia

de ese tiempo, el testigo de una época que solo existirá en los libros de Historia. Pero, al mismo tiempo, reconoce que en la esencia de la fe cristiana se encuentra la esperanza en un Dios compasivo y amoroso. Como señala en las páginas finales, solo con la experiencia de un Dios bueno, el reaccionario puede creer en un cierto tipo de progreso, «de forma que vivir en la época del declive de Occidente y ser consciente de ello no es tan desesperanzador y terrible».

Por último, este libro trata uno de los temas más importantes en la vida de un cristiano: la historia de su conversión al amor de Dios. Lukacs se describe como un católico profundamente arrepentido de sus muchas faltas, y por igual agradecido por las oportunidades de hacer penitencia en su (extraordinaria) larga vida. Un hombre que sentía especial debilidad por las mujeres pero procuraba vivir una vida recta. Un hombre que abandonó un país arrasado por la guerra, dejó en Budapest a su madre viuda, y tuvo que rehacer su vida en un país extraño sin caer en la desesperanza. Un conservador en un país inmerso en una de las revoluciones culturales más espectaculares de la corta historia estadounidense. Un católico, también, que en los tormentosos años del postconcilio supo mirar más allá. Un hombre que enterró a dos esposas y sufrió un desengaño en su tercer matrimonio. Y, sin embargo, un hombre convencido de que el amor verdadero y cristiano —dar sin recibir—, es algo *práctico* en esta vida. Un hombre que, por la bondad de Dios, tuvo «una vida felizmente infeliz».

Resignado y confortado por esta verdad profunda, Lukács János Albert falleció el 6 de mayo de 2019, a los 95 años, en Phoenixville (Pensilvania). El obituario del *New York Times* elogiaba la figura de un historiador inconformista con el tiempo presente. Fue un académico insolente y un provocador nato, un hombre que hizo de la exageración un hábito para despertar el interés de su audiencia unas veces; otras, para mostrar los límites del conocimiento humano. En todo caso, un hombre que vivió para una sabiduría que no es de este mundo, un buscador incansable de la verdad. Al igual que otro de los grandes escritores católicos del siglo XX, Gilbert K.

Chesterton, Lukacs ilumina grandes misterios de nuestro mundo sirviéndose de contradicciones y paradojas. En uno de sus libros más ambiciosos, *Historical Consciousness*, escribió que «la búsqueda de la verdad es revitalizante. Responde a una necesidad humana más profunda que la justicia, especialmente en esta época en la que la amenaza no es tanto la ausencia de justicia como la prevalencia casi fantástica de la falsedad. Sin embargo, el historiador, al igual que cualquier individuo, debe reconocer sus limitaciones. La verdad no se le presenta de manera evidente. Su tarea personal radica en la disminución de la falsedad y, al mismo tiempo, en la búsqueda activa de la verdad».

Lukacs era consciente de la poca originalidad de sus pecados y pensamientos, pero conocía también el don precioso de la gratuidad de una existencia creada y sostenida por un Dios amoroso. Sus opiniones eran las de un vulgar pecador arrepentido, un cristiano común como cualquier otro. Su verdad, la única Verdad, es la que predicaba san Pablo en la primera Carta a los corintios. Uno puede imaginar al anciano Lukacs paladeando aquellas palabras referidas a Cristo crucificado: «escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados —sean judíos o griegos—, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Cor 1,22-23).

Pamplona, a 3 de julio de 2024, fiesta de Santo Tomás apóstol

INTRODUCCIÓN

Esta no es la historia de mi vida. Es la historia de algunos de mis pensamientos y creencias. Los lectores americanos pueden estar acostumbrados a ellos. Pero no son únicos ni originales. No existe algo parecido a una idea o pensamiento completamente original. Tampoco existe algo parecido a un individuo completamente desgajado del resto del mundo. En cualquier caso, esta no es la historia acerca de un «yo», sino la de un participante: un participante personal en este mundo, en algunas de sus partes y en un cierto momento histórico. El poeta húngaro János Pilinszky escribió: «Existen áreas personales, impersonales, y áreas colectivas en la vida. Uno no puede alcanzar el área impersonal sino a través de la personal; la colectiva, nunca. Las cosas deben convertirse antes en personales; después uno puede seguir adelante con lo que no es personal». También apuntó que algún día le gustaría escribir una autobiografía (por desgracia, murió muy pronto): «No sería mi autobiografía, sino la autobiografía de mi percepción. No puedo trazar una línea donde yo termine y donde comience mi mirada, esa mirada de la cual soy sujeto y objeto al mismo tiempo. Si escribiera una autobiografía convencional, quizás dejaría de lado lo más importante. No solo son los eventos los que me han formado sino lo que he observado, lo que he reconocido durante mi vida».

Es interesante advertir que la autobiografía apenas existía antes de la Edad Moderna. Su aparición es inseparable del culto al yo,

que empezó durante el Renacimiento, y más tarde con el desarrollo de la conciencia histórica. Por supuesto, durante los últimos cuatrocientos años las variaciones de la autobiografía desafían toda categoría. Sé que estoy demasiado alejado de Benvenuto Cellini, el primer autobiógrafo moderno, quien tomó lo que en su época era una nueva forma de placer en la escritura de sus propias experiencias. Pero estoy convencido de que el tema más importante en el mundo, y quizás especialmente en nuestros tiempos, es lo que la gente piensa y cree; y las condiciones materiales de sus vidas (y la estructura material del mundo) son una consecuencia de ello. Así, este libro está en consonancia con la práctica que seguí en mis otros libros, muy diferentes entre sí, pero cuyo contenido principal era la historia de mis pensamientos y creencias.

Esto es más fácil de decir que de hacer, de ahí las dificultades en su escritura. Antes de este libro creía que una autobiografía sería más fácil de redactar que mis otros libros, pues no tendría el tedio de la investigación. Tampoco tendría una lista infinitamente larga de libros y artículos que recolectar, ni los nervios de hojear cientos de fichas de catálogos, ni el dilema de tener que huir durante dos o tres días a una biblioteca especial donde podría o no encontrar algo valioso; sin la sensación de naufragio en el estómago ante la cascada de letras y números verdes acumulados en la pantalla de un ordenador, sin cajas ni tarjetas, sin un montón desordenado de notas de todo tipo, sin dudar en acosar al bibliotecario para que me haga otra recóndita petición de préstamo interbibliotecario, sin una carpeta alarmantemente abultada de páginas fotocopiadas, etc. Sin embargo, la pregunta más importante seguía siendo la misma: ¿qué incluir y qué excluir en esta historia? En un aspecto importante, la investigación es más fácil. Tiene limitaciones que la autobiografía no tiene, pues no hay un límite a lo que uno puede contar. Por supuesto que uno deja al margen muchas cosas, pero no solo porque quiere dejar algunas cuestiones sin contar (también las que no quiere recordar). He aprendido que no es fácil ni agradable escribir sobre uno mismo. También está, además, el incómodo reconocimiento de la madurez, cuando se advierte

que uno no es realmente tan interesante como creía. «Si quieres aburrir al lector», escribió Voltaire, «cuéntaselo todo». Voltaire se equivocó en muchas cosas, pero no en esto. A menudo durante la escritura he pensado en lo distinto que podría haber sido el libro. ¡Cuántas cosas podría haber contado! Historias agradables; historias divertidas. Paisajes, ciudades. Grandes y pequeños contemporáneos. Gente admirable; mujeres hermosas. Amistades. Viajes. Y con gran lujo de color, porque soy un escritor con recursos. Y sin aburrir al lector con «todo».

Por el contrario, me he atenido a lo último: estoy improvisando palabras sobre mis pensamientos y creencias. ¿Existen los pensamientos separados de las palabras con los que las asocio? Esa es una pregunta difícil. Me inclino a pensar que no: pero esta introducción no es el lugar para una exposición de filosofía epistemológica. Sí es, en cambio, el lugar adecuado para explicar algo a mis lectores norteamericanos. Hay títulos en el primer y último capítulo de este libro (y también en el título): «Confesiones de un reaccionario» y «de un pecador original». Créanme que no he elegido estas palabras para escandalizar a nadie, *pour épater le bourgeois*. Al contrario: lo que quiero es recordárselo a la gente, *rappeler les bourgeois*; y también explicar, aunque sea brevemente, cómo estas dos palabras —*pecador* y *reaccionario*— se conectan en mi mente.

Pienso que la creencia en la existencia del pecado y la naturaleza pecaminosa de la humanidad no es un artículo oscuro, turbio y lleno de miedo, sino una percepción sana, realista e iluminadora, accesible no solo a través de la revelación religiosa, sino a través de las evidencias de la experiencia histórica, es decir, de nuestro autoconocimiento. Nacemos con una inclinación al pecado. La propia palabra, *pecado*, no es realmente cruel. Su mera existencia sugiere el alcance moral de la naturaleza humana, y eso es lo que nos hace únicos. Otros seres vivos no pecan, porque no pueden. Los seres humanos pecan, debido a la existencia de su espíritu. No existe el pecado de la carne solamente. Todo tipo de pecado involucra al espíritu en alguna medida, y cuando los pecados del

espíritu predominan son peores que los de la carne. Esto ha sido así desde los inicios de la humanidad. El pecado es algo distinto de un tabú; y no es una idea o una categoría que dependa de las cambiantes condiciones sociales. No fue inventado por Abrahán, Moisés o Calvino; su existencia, desde nuestra misma conciencia, no será expurgada por Darwin o Marx o Freud. Sabemos que pecamos cuando lo hacemos (uno hasta puede disfrutarlo), pero esto no implica necesariamente un sentimiento de culpa. Lo que implica, tarde o temprano, es remordimiento y arrepentimiento y sentido de la responsabilidad, y la responsabilidad es algo muy distinto del sentimiento de culpa, a menudo autoindulgente.

Pido a mis lectores que tengan en cuenta que en este párrafo no he dicho nada sobre la doctrina católica tradicional sobre el pecado, en la que creo. Este es el testimonio de un historiador, no un teólogo. Esto es así porque estoy convencido de que, aunque las condiciones de la humanidad cambian, la naturaleza humana se mantiene inalterable. Esto podría denominarse una visión reaccionaria. En este punto debo defender la palabra *reaccionario*. Mucho más que un *conservador* —una palabra muy maleable—, el reaccionario sabe —y cree— en la existencia del pecado y en la esencia inmutable de la naturaleza humana. No siempre se opone al cambio, y tampoco niega por completo el progreso. Pero niega la idea inmutable del inmutable progreso: la idea de que somos capaces no solo de mejorar nuestra propia naturaleza, sino también nuestro estado mental y espiritual. Nunca debemos negar el potencial de posibles mejoras de la condición humana. Pero debemos ser conscientes —especialmente ahora, cerca del final del siglo XX— de la necesidad de reflexionar sobre lo que significa el progreso. Debemos repensar el significado del progreso, pues el significado vigente se ha vuelto corrupto e inútil. Al final de una época se produce una pesada acumulación de ideas aceptadas y de formas de pensar institucionalizadas, contra las que los hombres y mujeres inteligentes deben *reaccionar*. En 1930 el Decano de la Divinity School de la Universidad de Chicago afirmó que «la doctrina del pecado original era una teoría del comportamiento

humano adecuada para el conocimiento científico de tiempos de san Agustín, pero obsoleto tras las investigaciones más recientes». En 1989 todo lector inteligente reconocerá la risible pomposidad de un Progresista Eclesiástico: no por su referencia al pecado original, sino al «conocimiento científico»; y su aserción dogmática de la validez de las «investigaciones más recientes». Ya es hora de replantearse el sentido de ciertas palabras: que, por ejemplo, *progresista* no es necesariamente bueno, y *reaccionario* no es necesariamente malo.

Comenzaré este libro con un intento más mundano de distinguir lo *reaccionario* de lo *conservador* contando cómo, a una edad temprana, el adjetivo *reaccionario* atrajo por primera vez mi atención y poco después mi respeto. Esto ocurrió en un mundo muy diferente y en una época muy remota a la actual. Nací en Hungría en 1924, y crecí allí durante los veintidós o veintitrés años más impresionables de mi vida, incluyendo los de la Segunda Guerra Mundial. He vivido en los Estados Unidos durante casi dos tercios de mi vida, circunstancia que también se refleja en las proporciones de este libro: de sus nueve capítulos, tres abarcan mi juventud en Hungría y seis mi vida en América. Espero que mis lectores no desdeñen el primer capítulo por tratar sobre un lugar y tiempo lejanos, lo suficientemente exóticos como para interesarles, pero con la idea implícita de que mis conclusiones de aquellas experiencias no son realmente aplicables a su tiempo. Al contrario: estoy convencido de que las ideas reaccionarias de este pecador original se han vuelto, al menos potencialmente, tan significativas para los estadounidenses en 1989 como lo fueron para un joven en Hungría hace cuarenta y cinco años, tal vez más. El propósito de este libro es hacer de recordatorio: no un recuerdo de mí mismo, sino para mis lectores. Deseo recordarles algunas cosas que ellos, también, ya conocen.

I. CONFESIONES DE UN REACCIONARIO

El reaccionario se hace, no nace. Es un error creer que la estirpe real o aristocrática, ya sea hereditaria o financiera, es naturalmente reaccionaria. Existen vestigios de modales reaccionarios (como besar la mano a una madre superiora o decirle a la secretaria del doctor que tu nombre no es Joe sino Mr. Brown), pero los tipos reaccionarios desaparecieron hace tiempo. Un reaccionario, en el siglo veinte, es el resultado del devenir, no del ser; al igual que la idea de amor de Stendhal, es el resultado de una materialización; al contrario que el *amour* de Stendhal, la materialización no es repentina y sus resultados no son transitorios. Desde siempre, hombres y mujeres en la cumbre de sus sociedades han procurado hacer lo mejor (y a veces lo peor) por encarnar ideas actuales y respetables, a menudo a costa de su independencia de espíritu. Así, hace doscientos años, los magnates *whigs* de Inglaterra desconfiaban de Burke que, en palabras de Fox, era «demasiado sabio demasiado pronto»; durante los años treinta, algunos de sus adinerados sucesores desconfiaban de Churchill que, a diferencia de Chamberlain, «no era firme». Un conservador profesará su preferencia y confianza en Ronald Reagan; un reaccionario no, y no porque Reagan fuera alguna vez un actor de Hollywood, sino porque nunca dejó de serlo.

Un reaccionario respeta la personalidad, pero desconfía del espectáculo; es patriota pero no nacionalista; favorece la conservación

más que el conservadurismo; defiende las antiguas bendiciones de la tierra y duda de los resultados de la tecnología; cree en la historia, no en la Evolución. Ser un reaccionario en la segunda mitad del siglo XX tiene todas las desventajas profesionales y sociales posibles. Sin embargo, tiene algunas ventajas que son regalos divinos durante este triste declive de la civilización occidental. Frente al viejo cliché del siglo XIX de Víctor Hugo, un reaccionario reconocerá cómo *una idea cuya hora ha llegado* puede no ser buena. Este tipo de escepticismo es, por supuesto, una reacción a la propagación de ideas tan mecánica del siglo XX, a su gestión y su comercialización a través de la tosca maquinaria de la publicidad.

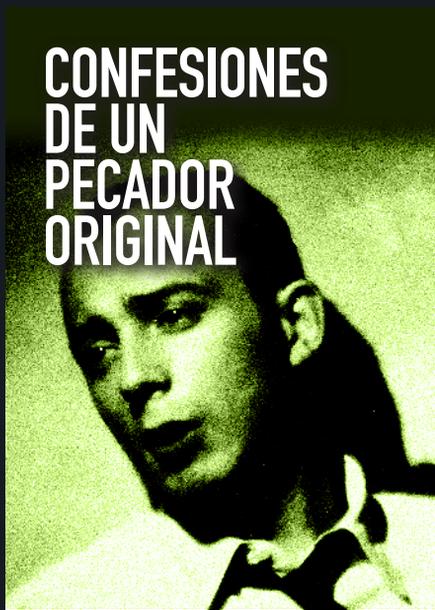
Aún hay más. Cerca del final de una gran época, muchos lugares comunes pierden sentido (así como muchas instituciones se vuelven escleróticas). Sus reformulaciones superficiales (que conducen a la producción interminable de más y más respuestas a preguntas cada vez más sin sentido) no llegarán a ser nada inspirador o incluso útil. El principal ejemplo de esto es la idea aún presente de «Progreso», cuyo significado y cuyas odiosas aplicaciones debemos comenzar a repensar. Tal replanteamiento comienza necesariamente con una reacción consciente: una reacción contra tonterías como las Enmiendas a los Derechos Humanos y la «Guerra de las Galaxias»; Educación Sexual y la Comunidad de Inteligencia (sea lo que *esto* sea); Gobierno Mundial y Haciendo el Mundo Seguro para la Democracia; Arte Abstracto y Producto Nacional Bruto; Energía Nuclear e Ingeniería Genética; Quarks y Agujeros Negros; Ecumenismo y La Ciencia de la Economía; Cibernética y Seguridad Nacional; Inteligencia Informática e Investigación de Opinión; Psicohistoria y Cuantificación, etc., etc. Tenga en cuenta que la desconfianza reaccionaria de tales cosas trasciende las categorías ahora cada vez más obsoletas e incluso sin sentido de «conservador» y «liberal». Marca, más bien, una forma de pensar con sentido común frente a las proyecciones abstractas del no-pensamiento progresista. Otra ventaja, relacionada con la anterior, es que hoy en día algunas expresiones de sentido común pueden dar la impresión de que uno es un pensador profundo. En

En esta elocuente y sugerente «autohistoria», John Lukacs, distinguido historiador y escritor, describe la historia de sus propias convicciones y creencias. Un viaje que nos lleva desde la Hungría de los años treinta y la asolada Budapest de la Segunda Guerra Mundial hasta su descubrimiento del Nuevo Mundo, sus incursiones en la vida intelectual de la ciudad de Nueva York y, finalmente, su asentamiento en Filadelfia.

Por el camino, Lukacs examina muchas de las principales corrientes de nuestra época, como el fascismo, el comunismo, la democracia, el antisemitismo y el realismo cristiano del que procede el título del libro. El resultado es una visión que nos acerca a los conflictos del siglo XX con la erudición de la herencia europea y la independencia de la americana.

Con una prosa tan elegante como ágil, *Confesiones de un pecador original* es a la vez el vívido relato del viaje de un hombre y una importante contribución que pone de relieve los principales acontecimientos intelectuales de nuestro tiempo.

CONFESIONES DE UN PECADOR ORIGINAL



Depósito Legal: M-23946-2024



ISBN: 978-84-1339-209-7

